

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Cuerpos y emociones en las recuperadoras de residuos.

Gabriela Vergara Mattar.

Cita:

Gabriela Vergara Mattar (2009). *Cuerpos y emociones en las recuperadoras de residuos. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2106>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpos y emociones en las recuperadoras de residuos

Gabriela Vergara Mattar

CEA-UE CONICET

gabivergaramattar@gmail.com

Introducción

Durante mucho tiempo y desde distintas perspectivas, las teorías y movimientos feministas han rechazado las categorías biológicas del cuerpo, a partir de la cual se legitimaban relaciones asimétricas, se negaban espacios, se ocultaban voces¹.

Desde una mirada sociológica, los cuerpos constituyen el principio básico de ser, estar y actuar en el mundo; el locus de las transformaciones sociales y subjetivas; el escenario donde las biografías se inscriben y re-escriben.

¹ Las perspectivas de género toman distancia del uso de las categorías corporales en virtud de que han sido utilizadas para legitimar situaciones de dominación. La asociación entre mujer-amor materno-crianza arraigada en la experiencia corporal del parto, es para algunas autoras una idea reguladora de la relación con los hijos, construida en el siglo XVIII, que legitimaba la mayor permanencia de las madres en el hogar. Véase Giverti, E. (1996) [1994] "Lo familia' y los modelos empíricos". En Wainerman, C. (comp.) Vivir en familia. Buenos Aires: Unicef – Losada. 2º edición. pp 115-141.

Para las mujeres, el cuerpo se vuelve causa y objeto de control, tanto en la monogamia, para asegurarse que el hijo 'sea propio' -del padre- en virtud de la herencia y el patrimonio, tanto en el control de la reproducción desde programas públicos, que dan cuenta de un mayor desarrollo de técnicas para prevenir embarazos, a diferencia de lo que sucede con los hombres. Véase Jelin, E. (2006) [1998] Pan y afectos. FCE. Buenos Aires. 3º reimpresión.

Desde esta perspectiva analizamos ocho entrevistas en profundidad realizadas a mujeres recuperadoras de residuos de las ciudades de Córdoba capital y San Francisco (Argentina) con el objeto de identificar las tramas corporales y las emociones que atraviesan cotidianamente esta ocupación².

Para ello, en primer lugar presentamos como marco de referencia en el que se inscribe la ocupación de recuperar residuos que realizan las mujeres, los cruces entre feminización del trabajo y la pobreza, y la división de trabajo por género.

En segundo lugar, analizamos los textos de las entrevistas donde se ponen de manifiesto las relaciones entre la vergüenza en los primeros días, el desagrado ante lo sucio, lo desprolijo, y lo descuidado de sus colegas, y las miradas en la calle que conforman una trama corporal inscripta en el espacio social de las calles. En tercer lugar, construimos una trama que articula la ocupación con la vida doméstica en tanto liga el cansancio de caminar y transportar los materiales traducido en un sacrificio cotidiano que, luego se ve recompensado por los 'lujos' del oficio, es decir cuando se consiguen objetos-mercancías que de otra forma no podrían ser comprados.

Finalmente presentamos algunas vinculaciones entre ambas tramas corporales con el objeto de dar cuenta que el cuerpo es un escenario privilegiado para la indagación y comprensión de relaciones de trabajo atravesadas –entre otros vectores- por el género.

1.-POBREZA Y TRABAJO ENTRE LA FEMINIZACIÓN Y LA SEGMENTACIÓN

Tres procesos se combinan y entrecruzan en las relaciones que establecen las mujeres con el ámbito de trabajo extra-doméstico o remunerado.

En primer lugar, la *feminización de la pobreza*, lo cual implica no solo un mayor porcentaje de mujeres dentro de este sector, sino principalmente que, en términos cualitativos ellas encuentran desiguales oportunidades para acceder a la educación, el empleo, el crédito (Jelin, 2006). Estas desigualdades tornan al género un colectivo bivalente, dual, donde simultánea y dialécticamente, conviven injusticias de redistribución de recursos, como de reconocimientos identitarios (Fraser, 1997).

² Las entrevistas forman parte del trabajo de campo para la tesis de Maestría en Ciencias Sociales de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Córdoba. En esta oportunidad hemos tomado algunos desarrollos realizados para dicha instancia, pero también hemos querido enfatizar otros aspectos.

Esto indica, en segundo lugar que el aumento de las mujeres en el mercado laboral, o la *feminización del trabajo*, se ha visto mayoritariamente impulsada por factores de privación en lugar de oportunidades.

Desde los '80 en Argentina, las mujeres se insertan en el mercado de trabajo para afrontar las primeras manifestaciones del cambio en el modelo de acumulación y el fin de la industrialización sustitutiva. Ellas trabajan mucho, con ingresos bajos frente a sus compañeros cuyos puestos –sobre todo de la industria y la construcción- se vuelven cada vez más inestables. Esta situación altera los roles de una división de trabajo por género, puesto que las mujeres van adquiriendo más autoridad, autoestima y autonomía para redistribuir tareas en el hogar, administrar los destinos de los ingresos, entre otros. La paradoja es que se reivindica y recupera un lugar en el mercado de trabajo pero en circunstancias críticas, forzadas y precarias.

En forma más resumida, puede verse una dualidad en la incorporación femenina al mercado laboral, ya sea en términos tradicionales -en servicios personales, donde se incluyen mujeres con escolaridad baja y menores ingresos-, o modernos -menor edad, más escolaridad e ingresos mejores aunque inferiores a los de los varones (Arriagada, 2007).

La precariedad con que algunos grupos de mujeres ingresan al mercado laboral acentúa la presencia de una *división del trabajo por género* que establece de modo naturalizado “que hay trabajos que realizan los hombres mientras que otros caen dentro de la órbita femenina” (Rostagnol, 1991), donde los primeros cuentan con una superioridad que se refleja en el hecho de que los trabajos masculinos tienen mayores ingresos y prestigio (Aguirre, 2003).

Esta segmentación de ocupación entre géneros ubica a las mujeres por ejemplo en servicios personales o comercio y además, al interior de éstos, en puestos típicamente ‘femeninos’³, “definidos socialmente como extensión de las propias [tareas] de la labor doméstica” (Jelin, 2006: 48), reproduciendo así las diferencias. Esto significa que podemos distinguir entre una segmentación ocupacional horizontal -mujeres en algunas ocupaciones-, y una segmentación vertical -que las ubica en puestos de menor jerarquía (Arriagada, 2007:36).

Este fenómeno al interior del mercado de trabajo, no es otra cosa que una suerte de efecto arrastre del tradicional y vigente modelo “male breadwinner”, donde el hombre público, es el proveedor a expensas de los tiempos y ritmos del mercado de la producción, mientras que la mujer, circunscripta al ámbito privado –y casualmente privada también de desempeñarse en ámbitos

³ La docencia, una de las actividades a las que desde comienzos del siglo pasado fue la mujer se fue incorporando, estaba asociada a una imagen maternal, pues la escuela era el segundo hogar, y por ende, la maestra, la ‘segunda mamá’. Véase Wainerman, C. y Navarro, M. (1979).

Sin embargo, no podemos dejar de considerar para el mismo período la participación de las mujeres obreras y sus reclamos de emancipación frente a la *doble esclavitud del capital y el hombre*, que ponen de manifiesto las mujeres anarquistas. Véase Femenías, M.L. (2002).

construidos socialmente como masculinos- y la encargada de la *reproducción biológica, cotidiana y social* (Jelin, 2006), debe asumir los tiempos y obligaciones de la doble jornada (Carrasco, 2003).

Es claro que estas segmentaciones advienen en rostros, posturas y gestos de mujeres y hombres dispuestos en determinadas relaciones laborales donde lo recto y rígido por oposición a lo curvo y flexible se vuelven principios prácticos, lógicos y axiológicos (Bourdieu, 1991:121)⁴.

Las tensiones y solapamientos entre feminización del mercado de trabajo, de la pobreza y una división del trabajo por género conforman el marco de referencia desde donde interpretar el lugar del cuerpo y las emociones de las mujeres recuperadoras de residuos en Córdoba capital y San Francisco. Actividad que, dado el contexto de precariedad en que se desarrolla consideramos necesario definirlo en términos de ocupación, sensu Bourdieu⁵. En lo que sigue, presentamos dos tramas corporales⁶ que las entrevistadas pusieron de manifiesto en las entrevistas.

2.- CALLES, RESIDUOS Y ALGO MÁS ...

La recuperación de residuos adquiere para las mujeres dos escenarios principales no siempre delimitados claramente. Las calles, o el lugar por excelencia donde se obtienen los residuos y los hogares⁷ donde no sólo se realiza el trabajo reproductivo, sino también donde –en muchos casos– se acondicionan y almacenan temporalmente materiales reciclables. En este apartado mostramos la trama corporal formada por la vergüenza, el desagrado y los juegos de miradas en las calles.

⁴ En el caso de los recuperadores de residuos hemos podido identificar, en otro lugar (Vergara, 2008) vestigios de estas dinámicas cotidianas tanto en los materiales que juntan unos y otras, en quién lleva con sus manos el carro transportando lo recolectado, en quién permanece en la calle custodiando lo hallado. Los carreros por su parte son los que en general salen con los caballos, mientras las mujeres permanecen en los hogares realizando tareas de clasificación o 'limpieza' de materiales, como es el caso de los cables para extraer el cobre (Bermúdez, 2006).

⁵ "¿cómo comprender la conducta de todos esos pequeños vendedores ambulantes, vendedores de naderías, que empujan todo el día su pequeño carro con la esperanza de vender dos o tres sandías, algo de ropa usada o un paquete de maníes? ¿Cuál puede ser la función de ese tipo de trabajo –que habría que llamar más bien ocupación- para aquellos que la ejercen y para la colectividad? En primer lugar, el comercio más pequeño es la única ocupación que no exige ningún capital inicial, ni calificación profesional ni aptitud especial alguna, ni instrucción, ni dinero, ni un local, ni 'protecciones'. Por ese motivo, es el único recurso de aquellos que no tienen nada y a quienes les está prohibido todas las profesiones, incluidos, a falta de contratación, los oficios duros y dinámicamente despreciados, 'el pico y la pala'" (Bourdieu, 2006:81).

⁶ Por trama corporal entendemos el conjunto de relaciones que se dan entre la condición corporal de los actores – aprendizajes sociales hechos cuerpo, el yo corporeizado y las características biológicas del organismo-, junto con el lugar social en términos de posiciones y condiciones, y el recorrido biográfico o trayectoria vital. En esto, seguimos la distinción que realiza Scribano (2007) sobre cuerpo individuo, social y subjetivo, al igual que la noción de 'geometría de los cuerpos', en tanto topología de lo social. Consideramos que pensar al cuerpo en un sentido más complejo, sin dejar de desconocer las características biológicas pero tampoco agotando allí la condición corporal, nos permite reintroducir una categoría para problematizar y conocer cómo son vividas y sentidas las experiencias en el trabajo extra-doméstico y doméstico.

⁷ No tomamos la expresión en el sentido de los relevamientos cuantitativos, sino en cuanto espacio social contrapuesto pero dependiente de las calles.

Norbert Elías (1993) se detiene en la vergüenza y el desagrado como dos emociones sociales que tienen un protagonismo destacado en el despliegue del proceso civilizatorio, en tanto regulan las relaciones sociales desde lo más íntimo de los sujetos, que paulatinamente van incorporando autoacciones.

En nuestro caso nos permitimos dibujar un triángulo formado por tres vectores: las *miradas*, que ponen en tensión las propias biografías hechas cuerpo en instancias de presentación social y de juegos de percepciones y expectativas recíprocas, la *vergüenza* que se actualiza cuando los cuerpos irrumpen las calles⁸ expresa un conflicto interno entre el ‘deber de trabajar’ y el ‘no querer revolver basura’⁹. Finalmente el *desagrado*, se rearma entre lo pulcro y limpio que se necesita en sentido práctico para conservar los *clientes* y se traslada hacia los *colegas*¹⁰ cuando son descuidados, poco responsables con el trabajo. Entre estas categorías, reconstruimos una trama corporal mediada por las miradas donde la vergüenza retrocede y se naturaliza, mientras crece el desagrado desplazado desde los objetos a los sujetos:

“¡sí ya está! y antes sí .. por ay al principio decís la vergüenza viste .. y ahí sí tenía vergüenza de juntar porque me sentía .. digo cómo una .. yo juntando cartones, a veces me decía viste, bueno qué querés la gente que .. que me mire como tenga ganas de mirarme .. me entendés. Igual, no soy una persona de andar y porque junte cartones llena de mugre, no me gusta, tampoco los chicos” (Estela, 50 años, San Francisco).

Los dobleces y reveses entre las miradas y la vergüenza se complementan con el desagrado frente a prácticas socialmente incorrectas:

“el caballo está mal, flaco, lastimado a veces, o a veces no le ponen herradura, que es otro descuido del carrero, que anda con los vasitos pobrecito en el asfalto sangrando, que se pone medio rengo, que no camina .. bien, y ellos le pegan, le pegan, digamos eso .. mirándolo, hasta a mí me da odio, me da bronca, yo que he vivido siempre arriba del carro no he tenido un animal así. Pero ante la sociedad cuando empezás a golpear el caballo y está lastimado, digamos, es malísimo lo ve todo el mundo con malos ojos” (María, 60 años, Córdoba capital).

⁸ En la mayoría de las entrevistas, la vergüenza aparece en los relatos acerca de los primeros días de la actividad. Esto no sólo fue verbalizado en sentido literal sino que el hecho de salir acompañadas por los hijos, y de que sean ellos quienes consiguieron los primeros ‘clientes’ pinta un cuadro más intenso de esta emoción.

⁹ Esta expresión no desconoce que muchas personas que realizan la actividad, la han aprendido como un oficio de sus padres y abuelos, con lo cual la vergüenza en estos casos no operara o lo hace en relación con otros objetos. Sin embargo la presencia de esta emoción da cuenta de un proceso de movilidad descendente que ha resultado en la realización de actividades cada vez más precarias.

¹⁰ Por clientes entendemos a aquellas personas de locales comerciales o de casas de familia que separan y entregan residuos a los recuperadores. Los colegas abarcan el amplio espectro de otros y otras en las calles, que recuperan distintos tipos de residuos con distintos medios de movilidad.

La prolijidad en el trabajo constituye un rasgo asociable al limpiar y ordenar los hogares, propio de las tareas domésticas que se aprehenden desde niñas. En la mayoría de las entrevistas las mujeres se declaran ordenadas y respetuosas de los espacios públicos, a diferencia de otros y otras que son descuidados con los caballos, desordenados con los residuos. La recuperación de residuos implica también el reconocimiento, el aprendizaje y la reproducción de modos aceptables de presentación social de los cuerpos.

La mirada es el sentido de la distancia, *sensu* Le Breton. Miradas que tienen dos direcciones: o son pruebas que hay que sortear hasta ganarse la confianza de los clientes, o bien, transmiten sospecha, temor y rechazo:

“porque uno va .. con el carrito, va caminando despacito y se va juntando las botellas, abre las bolsas se fija las cosas y la gente mira, la gente ve: ‘y .. señora ¿precisa esto?’, ‘señora ¿quiere esto si no se ofiende?’, ‘no, no me ofendo en llevar, lo acepto’ ... o sea que la gente ve .. en la persona si .. cómo es el modo de vivir de la persona que le dan, ahora si la gente ve que le anda todo sucio, todo mal vestido, todo así nomás, no le dan, no le dan porque ellos piensan que no .. que en la casa es sucio, que no cuida nada” (Juana, 60 años, San Francisco).

“pero te da bronca ¿viste? de que te digan '¡no, no, no!' .. o muchas veces, siempre me ha pasado que toco el timbre, estoy viendo que me ven por la ventana y no me contestan ni me hablan, ni me abren la puerta, ni me ni levantan la cortina, ni te dicen ‘no’, nada. Muchas veces, por ahí, me da bronca y le digo 'bueno gracias, si no le vengo a robar nada’” (Ramona, 35 años, Córdoba capital).

Las miradas de aceptación, son una especie de contraseña que habilita la permanencia en las calles, veredas, en las proximidades de viviendas o comercios, cuando los cuerpos han dado pruebas de estar dispuestos para el trabajo.

Las miradas de rechazo, la desatención descortés, parafraseando a Goffmann, marcan muros sociales, abismos territoriales, fronteras para que lo abyecto y expulsado no irrumpa la ‘normalidad’. La percepción de estas miradas se articulan y reconfiguran entre la vergüenza que se experimenta en los primeros días hasta que disminuye con la aceptación y el desagrado, que se aprehende y siente en el juego tensional entre clientes y colegas.

3.- SACRIFICIO, CANSANCIO Y ‘LUJITOS’

En este apartado presentamos la segunda trama corporal, conformada por una disposición de los cuerpos hacia un trabajo que físicamente cansa. Cansa caminar, pedalear, cargar los cartones. Cansa el desplazamiento durante muchas horas para cuerpos no siempre alimentados regular ni adecuadamente. Cansa el trabajo en las calles, como las tareas reproductivas de los hogares. Por eso, el cansancio describe en términos corporales el consumo de energías físicas y su agotamiento:

“y traía por lo menos ciento cincuenta kilos, doscientos, a veces .. hay días que me tenía que venir a pie (...) en la bici, a veces no podés ni pedalear de pesado que está entonces ése es el sacrificio viste” (Antonia, 40 años, San Francisco).

“con los carros y el reciclado no tenés más que la entrada que vos hacés caminando, caminando, buscando, es un poco sacrificado .. no es lo mismo ir a un .. ir y trabajar y tener un sueldo fijo y tener un buen trabajo” (Silvina, 26 años, Córdoba capital).

El cansancio que se acumula a lo largo del día refuerza el parámetro del peso: a mayor peso de los objetos para vender, mayor peso del trabajo sobre cuerpos precarios. Esta ecuación se traduce en un ritual de ofrenda diaria: sacrificarse es dar algo en situación extra-ordinaria a fin de obtener alguna recompensa o beneficio. Y lo que se da, diariamente es el propio cuerpo a partir de un cálculo entre ingresos, condiciones de trabajo y gasto de energías. Pero esto tiene un complemento: la posibilidad de encontrar pequeños ‘trofeos’.

La polarización en el consumo de la sociedad actual, implica para algunos gastos ostentosos que luego se vuelven desechos suntuarios, tesoros encontrados en la inmensidad de las calles, para quienes hurgan en ellas. Usar lo que otros tiran, lo que para otros ha perdido ya su valor de uso constituye un acto de desviación de ex –mercancías, según la clasificación de Appadurai (1991):

“mirá, esa mirá cómo estaba rota ahí [muestra una copa de champagne] esa ya no la venden .. y esa porque está ahí y ya no las venden, ellas las tiran y yo les he puesto un tarro, un fuentón y ellas me las juntan para el vidrio viste, pero yo miro lo que sirve ..” (Antonia, 40 años, San Francisco).

Rotas y marcadas, un bazar no puede comercializarlas, pues los ropajes de las mercancías no lucen como debieran. En esta trama de relaciones de intercambio, copas de champagne advienen como

mero vidrio para el reciclaje. Pero el cálculo entre los 0,14 centavos por kilo de vidrio y la posibilidad de tener en el hogar un objeto ‘extraño’ inclina la balanza hacia ésta última: las copas recuperan su valor de uso, aunque estéticamente no deslumbren. Acceder a objetos de ‘otros mundos’, son débiles señales que simulan un tenue progreso, una esperanzada inclusión:

“sí, yo sí, eso lo he hecho varias veces [hurgar las bolsas], saco platos, vasos .. ya me traje como dos o tres floreros, he sacado platos, tazas, vasos, algunos me llaman, alguna gente me dan así, cubiertos todo eso” (María).

“tenía dos ventiladores para darme. Vinimos acá los miramos, andaban, andaban de diez. Un ventilador ahora cuesta ciento veinte pesos. Me dieron dos son doscientos y chirola, ¿no cierto? y además yo no junto nunca ciento veinte pesos para tener para comprarme uno pero, gracias a que .. fui digamos, me lo dieron y bueno ya lo tengo. Igual que un nebulizador para un nietito, que no es lo mismo tener la plata e ir a comprarlo que .. te digan: ‘tomá te lo regalo .. cuidálo, mirá, tenélo bien, porque está nuevito .. sino que no lo uso más’” (María, 60 años, Córdoba capital).

“la gente te ayuda muy mucho, ropa así que vos decís ‘uh cuándo me voy a comprar esto’, (Silvina, 26 años, Córdoba capital).

Cuando el dinero no alcanza para ingresar a los circuitos habituales de las relaciones de mercado, lo caro y lejano se vuelve cercano y posible. Mercancías de otros mundos –usadas y desechadas- que llegan a las manos entre cartones, botellas, alimentos, se revisten de vestiduras brillantes, como si en un acto de condescendencia se dignaran a transitar también los precarios márgenes de la sociedad. Los cálculos de equivalencia entre objetos y precios, reafirman la certeza de que, como dice Juana ‘en la calle tenemos todo’. El cansancio vuelto sacrificio no siempre encuentra recompensas en el precio de los materiales, al momento de la venta. Sin embargo, estos exóticos hallazgos reavivan y entusiasman la búsqueda en las calles, permiten sentirse un poco más cerca –al menos por la presencia de los objetos- de una sociedad de elevado, intenso y costoso consumo.

CONSIDERACIONES FINALES

Miradas-vergüenza y desagrado, cansancio-sacrificio y lujos ponen a la ocupación de recuperar residuos en un continuo entre calles y hogares donde los cuerpos y las emociones dan sentido a las prácticas diarias que rozan el límite de la supervivencia.

La vergüenza de ‘salir’ del hogar para realizar una actividad diferente de lo doméstico desorienta en los primeros días a los cuerpos socializados y construidos -desde sus posturas, gestos, subjetividades- en y para el trabajo reproductivo. Pero en el juego de miradas y desagrados las mujeres configuran cotidianamente el aprendizaje sensato de tener-que respetar la pulcritud de la ciudad, limpieza que se traduce en orden, corrección y aceptación. Pero los cuidados en las calles demandan muchas más energías físicas para transportar los materiales a reciclar. El cansancio delata al mismo tiempo cuerpos precarios y frágiles dispuestos para un trabajo arduo y pesado, que sin embargo vale la pena realizar. Al menos, uno de los sentidos que sostienen la realización del sacrificio diario y permanente, es la posibilidad de la obtención de objetos-mercancías que, de otro modo sería imposible conseguir. Objetos-mercancías de otros mundos sociales, de otros continentes del consumo llegan a las manos aunque usados, aunque apenas rotos, mostrando en esta cercanía, la abismal distancia que las aleja –a ellas y sus familias- a un lugar de expulsión que apenas, si puede ser recompuesto estableciendo mínimos y débiles vínculos con los clientes, con los acopiadores.

Reintroducir la condición corporal en contextos de expulsión, con un énfasis en relaciones de trabajos precarios –como la recuperación de residuos-, atravesadas por el género nos permite por un lado, problematizar el lugar de los cuerpos-mercancía en el capitalismo periférico y su relación con los objetos-mercancía. Por otro, nos brinda la posibilidad de repensar no solo los tiempos sino también los espacios, las biografías y las geometrías de estas mujeres responsables principalmente –aunque no excluyentemente- del cuidado, socialización y mantenimiento cotidiano de otros cuerpos sociales, individuos y subjetivos *sensu* Scribano. Responsabilidad que las lleva a las calles, entre vergüenzas, desagrados, cansancios y sacrificios, a buscar algún desecho de la sociedad que les permita no volverse des-echadas.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun (1991) "Introducción: Las mercancías y la política del valor". En Appadurai, A. (ed.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.
- Arriagada, Irma (2007) "Abriendo la caja negra del sector servicios en Chile y Uruguay". En Gutierrez, M.A. (comp.) *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Buenos Aires: Clacso. 1º edición. pp 23-47.
- Bermúdez, Natalia (2006) *El mundo de los carreros de Sangre y Sol. Una antropología sobre sus representaciones y prácticas*. Tesis de Maestría en Antropología. UNC. Mimeo.
- Bourdieu, P. [1977] (2006) *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires : Siglo XXI Editores.
- Carrasco, Cristina, (2003) "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?". En León, Magdalena (comp.) *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*. Veraz Comunicação, Brasil.
- Elías, Norbert (1993) *El proceso de la civilización*. FCE. Buenos Aires.
- Femenías, M.L. (2002) "Tres escenas del feminismo argentino". En Femenías, M.L. (comp.) *Perfiles del feminismo iberoamericano*. Buenos Aires: Catálogos. 1º edición.
- Fraser, Nancy (1997) *Iustitia interrupta*. Siglo del Hombre Editores. Santafé de Bogotá.
- Giverti, E. (1996) [1994] "Lo familia' y los modelos empíricos". En Wainerman, C. (comp.) *Vivir en familia*. Buenos Aires: Unicef – Losada. 2º edición. pp 115-141.
- Jelin, E. (2006) [1998] *Pan y afectos*. FCE. Buenos Aires. 3º reimpresión.
- Rostagnol, S. (1991) "Género y división sexual del trabajo. El caso de la industria de la vestimenta en Uruguay". En Feijoó, M. (comp) *Mujer y sociedad en América Latina*. FLACSO. Buenos Aires.
- Scribano, A. (2007) "La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones". En Scribano, A. (comp.) *Mapeando interiores*. Córdoba : Universitas.
- Vergara, Gabriela (2008) "Género y pobreza: una aproximación a las recuperadoras de residuos de San Francisco (Córdoba - Argentina)". En *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Universidad Complutense de Madrid. Publicación electrónica. Julio-diciembre 2008 (II). Con acceso en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/>
- Wainerman, C. y Navarro, M. (1979) "El trabajo de la mujer en la Argentina: un análisis preliminar de las ideas dominantes en las primeras décadas del siglo XX". Buenos Aires: CENEP. p24.